

Pero Adán y Eva son fundamentalmente buenos, y después de su amarga y desesperada discusión, en la que Eva se somete y humilla femenil y sinceramente, acuden a confesar sus culpas ante el Creador, a ponerse en sus manos; y esta actitud de rendimiento es el camino de la recuperación y la redención. Sus ruegos son oídos, y Dios les salvará.

En resumen: la caída se produce por inadvertencia, porque Eva no ve claro, por ligereza mental; y Adán sigue por esa vertiente, atraído por la mujer, de sí—según Milton—menos consciente y profunda. Al no conocer bien, el hombre se confía, se engaña, se apea de la razón, hace cesión de su buen juicio y pierde la libertad. Esto crea la anarquía y la derrota intelectual y moral, y el consiguiente triunfo de las pasiones. El hombre fue creado de materia noble, levantado espíritu y pureza de intención. Pero está poseído de una extraña volubilidad. Su irresponsabilidad intelectual y moral le hacen gregario y le arrebatan su prístino heroísmo—la grandeza de Adán cuando dialoga con Rafael—; y su libre albedrío se ve asaltado por las pasiones, que le sustraen la razón y le esclavizan. Eso son, para Milton, el hombre y la mujer: seres caídos y débiles; sin embargo, poderosos por el amor y la oración, que Dios oirá, y con el amor y las buenas obras serán restablecidos y salvados.

Mucho han escrito los críticos sobre las personas de Dios, el Hijo y los ángeles buenos y malos de *El Paraíso perdido*. Acepto por delante la tremenda dificultad de interpretación que ofrecen dichas figuras, y admito el hecho de que quedan difuminadas y alejadas o humanizadas y empequeñecidas en el empeño de caracterizarlas. Los escritores más audaces en la crítica de la figura de Dios o las figuras divinas en Milton han sido Denis Saurat (24) y William Empson (25). Saurat es agudísimo al establecer que siendo Dios omnipotente y conteniéndolo todo, también contiene el mal, que aparta de sí y circunscribe en los ángeles malos—hijos también de Dios—desplazados al Infierno. El Universo de Milton, por tanto, es un compuesto de posibilidades buenas y malas—hablo de la materia—sobre el cual Dios proyecta un chorro de luz, delimitando la creación y haciéndola buena en la parte que queda dentro de esta esfera de luz; dejándola desorganizada y en agitación en la parte que permanece en la oscuridad, dominada por el Caos; y convirtiéndola definitiva y absolutamente en mala, en la zona llamada Infierno, que es el lugar situado en el fondo del Caos. Pero todo esto está dominado y abarcado por Dios: que lo contiene y observa todo, bueno, caótico y malo, circunscrito en sus

(24) Véase a DENIS SAURAT: *Milton: Man and Thinker*. Londres, 1944.

(25) WILLIAM EMPSON: *Milton's God*, 1961.

límites, habitando El en la cumbre celestial de la luminosidad excepcional y la excelencia. Ello es así, y a Milton pueden adjudicársele, como es natural, ciertos fallos, contradicciones o descuidos de acabamiento. Hijo de una época de inquietud teológica, quiso resolver acaso demasiado en el campo doctrinal, cuando lo que hoy se exige es una armonizada presentación de las figuras sometidas a la verdad poética. Más agresivo en su crítica del Dios de Milton es todavía William Empson.

Otro aspecto que el crítico preferiría no distinguir en *El Paraíso perdido* es el que apunta John Peter (26) sobre la persona del Hijo, cuando en el extenso discurso que hace a su primera aparición, le pide al Padre que salve al hombre, que no deje perecer en manos de Satán a su reciente criatura. Este discurso está lleno de palabras ceremoniosamente obsequiosas, por un lado, cuando, por otro, parece que de no pedírsele en este tono, la gracia de Dios no fuese a extenderse tan fácilmente sobre el hombre como después sucede. Sabemos que no es así. Pero el discurso del Hijo, elogioso y petitorio como es, deja como algo desairado al Padre, cuando le dice incluso que de no ayudar al hombre,

*Tanto tu bondad como tu grandeza podrían
ponerse en entredicho y ser acusadas sin defensa (27).*

Todo esto es cierto y estos críticos tienen razón en muchas de sus observaciones. Pero lo que creo que estamos olvidando un tanto es la presencia en el poema de la tradición dramática medieval, y el hecho de que, como en los misterios y moralidades, las figuras de Dios y otras personas divinas y seres sobrenaturales quedaban necesariamente empequeñecidas y sin la suficiente voz, lo cual no parecía ofrecer obstáculo alguno para que, dentro de la convención del género, cumplieren perfectamente la misión señalada. Claro que ante un poema de la nobleza del de Milton, las circunstancias cambian y la exigencia debe ser máxima; pero hay que convenir en que la labor no es fácil, y aun así Milton tiene momentos extraordinariamente afortunados. No se puede discutir que la primera presentación de Dios en *El Paraíso perdido* es impresionante: este Dios que no habla, pero que lo llena todo con su presencia, y, desde la cúspide celestial observa el conjunto del universo, es una imagen absolutamente conseguida. Lo peligroso es convertir a Dios en figura dramática, y aun al Dios-Hijo, antes de asumir su humanidad.

(26) Ver el capítulo «God and his angels», en JOHN PETER: *A Critique of Paradise Lost*, Londres, 1960.

(27) Libro III, versos 165-166.



MILTON, dictando *El paraíso perdido* a sus hijas